

Wayne y el Señor Brown

Claudio Caniggia

Primer Accésit

CREO QUE LO LEÍ EN UN LIBRO. Algunos supervivientes lo explicaban. Una vez se alcanza el punto sin retorno que activa una tragedia, se desencadena una serie de acontecimientos en un brevísimo espacio de tiempo. Pero a mí no se me pasó la vida entera por la cabeza, más bien, como suele ser habitual, se me activó ese judaico sentimiento de culpa y ahogo que desde niño me ha acompañado y rebobiné en mi cabeza todos los acontecimientos de esa noche, preguntándome en qué momento mi pecado se había hecho merecedor del castigo que se avecinó.

Desperté empapado en sudor. no era anormal, mi constitución pícnica y el esfuerzo físico que requiere la práctica sexual me hacían sentir ese regusto pegajoso de mi piel contra las sábanas y un aroma dulzón que no me terminaba de desagradar. Tardé esos infinitos segundos de retorno a la vigilia en percatarme de que ni el calor ni la luz que se colaban por debajo de la puerta en la habitación eran normales. Esa luz, que no debería existir iluminaba la espalda del joven que dormía a mi lado. Y un crujido, el que hacen las maderas al quemarse, provocó que me levantara sobresaltado. El calor que emanaba del suelo abrasó las plantas de mis pies haciéndome saltar. Por un momento pensé que el fuego del infierno luchaba escaleras arriba por entrar en mi habitación.

No me dió tiempo a pensar más. De repente se rompió la ventana de la habitación, y una especie de astronauta irrumpió, haciendo añicos lo que quedaba de cristalera. Quise creer por un momento que todo era una pesadilla, que no me había traído a casa al universitario que me ligué en George's la noche anterior, pero sus gritos histéricos mientras pegaba saltitos de puntillas me devolvieron a la cruda realidad.

El contraste era espectacular; el jovencito, en pelotas; el recién llegado, con un espectacular traje de amianto, botas y casco; y yo, con mis calzoncillos de corazones. Los tres mirándonos unos a otros alucinados.

El intruso tomó la iniciativa.

—Soy Wayne, soy bombero. Su casa está ardiendo, síganme.

Wayne nos condujo al ventanal por el que habían entrado y subimos los tres a una pequeña plataforma, que lentamente, conducida por una grúa, nos depositó en el jardín.

Creo que no falta ni un sólo vecino de toda la selecta zona residencial de St. Miren Road. El universitario se cubrió los genitales con las manos hasta que Wayne volvió con unas mantas. Yo ni reaccioné cuando me la ofreció; la banda sonora de todas esas lenguas viperinas me tenía paralizado de bochorno y terror; "qué vergüenza"; "maricón"; ya te dije que el Sr. Brown era raro"...

Una lágrima, no sé si de frío o de vergüenza, me cayó por la mejilla. Wayne me rescató de mi estado catatónico pasándome la manta por encima de los hombros,

"tápese, hace frío". Me ofreció un pañuelo "no se preocupe Sr. Brown, son unos bocazas".

Deseé que la casa ardiera hasta los cimientos, al fin y al cabo me tendría que ir a vivir a otro lado.

Wayne me condujo al camión y me trajo un café caliente. Nos conocíamos del basket. Los dos éramos viejos socios de los Knicks, él se sentaba solo una fila detrás de la mía en el Madison Square Garden. En más de una ocasión me había abrazado a él, a su mujer y a su niña celebrando alguna canasta de Ewing sobre la bocina. Me gustaba ir al basket, aunque lo hiciese solo, y que gente de la que apenas conocía el nombre fuesen mis colegas por unas horas, disfrutando juntos de las suspensiones de Strickland o comentando con admiración lo bueno que era el viejo Pat.

Wayne era grande y rubio, con el pelo rizado, un tatuaje con el nombre de Suzie en un bíceps y en el otro el escudo de los Knicks. Nunca pensé que fuera bombero.

Siempre he sido un tipo tímido, aspecto que acentúan mis viejas gafas. Educado en el seno de una estricta familia católica, me fui convirtiendo en un ejemplo de discreción desde la adolescencia, cuando tomé conciencia entre lágrimas de mi orientación sexual y adopté la firme resolución de que pasase lo que pasase en mi vida ese sería mi más sagrado e inviolable secreto. Hubiera deseado perecer en el incendio y que nadie me rescatara. Odié a Wayne por conocer mi secreto y supe que jamás volvería a ver a los Knicks, por no encontrármelo, y me eché a llorar.

Wayne me acarició amistosamente la cabeza, consolándome, asegurándome que el fuego no había sido para tanto y que en un par de meses podría volver a casa, pero ¿quién me devolvería mi secreto? Es pavoroso tener miedo al ridículo. Cuando conseguí controlar mi llanto no podía ni hablar. Notaba las miradas de mis refinados vecinos fijadas en mí y sus cuchicheos me herían como el limón a la herida.

— ¿Tiene dónde ir esta noche, Sr. Brown?

Negué con la cabeza, hundido. Y como no conseguí que mi voz hablase para negarse me vi subiendo las escaleras de un sucio bloque de apartamentos en Brooklyn.

Wayne abrió la puerta y avisó:

—Suzie, vengo con un amigo.

Su mujer, una preciosa rubita pecosa de ojos verdes, estaba tumbada en el sofá viendo la tele. Llevaba sólo una vieja camiseta gris de los Knicks con el treintaytres, que le llegaba por la rodillas. Miró a su marido alucinada. Entre los dos me sentaron literalmente en el sofá y con la excusa de prepararme un café se retiraron a la cocina. Los oí discutir, lo que me faltaba. De no ser, porque todavía estaba en calzoncillos hubiese salido corriendo. Luego llegaron los besos y el tono conciliador. Me ubicaron en el cuarto de la niña, en la litera de arriba. no pude pegar ojo, nunca me había visto en una igual.

Los dos días que me quedé en casa de Wayne y Suzie me sentí enormemente violento, sobre todo con ella. Supuse al principio que la Wayne la había puesto al corriente de mi homosexualidad, y que ella se comportaba de forma extraña porque creía que me

tenía que tratar distinto por se gay, pero, pese a mi estado de ánimo, pude percibir que lo que realmente la avergonzaba era que yo supiese que vivían en un apartamento de cuarenta metros cuadrados. No cabe duda, la gente tiende a avergonzarse de cosas que no puede evitar.

La señora Miles vino unos días después a verme a la oficina. Según la vi llegar intenté huir. Era la presidenta de las discípulas de Dios o algo similar en la parroquia de St. Miren Road, y yo ya tenía bastante con lo mío como para tener que aguantar discursos de viejas chochas moralistas; pero como todos sabemos, quien se pasa la vida husmeando en las ajenas suele tener una determinación de hierro y para cuando quise pasar aviso a mi secretaria ella ya se había sentado sonriente enfrente mío. Antes de que yo pudiera mover un músculo ella ya había soltado, haciendo gala de una alucinante fluidez verbal todo su discurso. Al parecer, todo el mundo se avergonzaba del indigno trato que me habían dispensado, y ella ya les había comentado a sus amigas que era impensable que una persona de mi condición social cometiese semejante aberración, y que era una injusticia de no haber mediado la intervención del sargento Soul (Wayne), ofreciéndose a explicar en la parroquia como yo heroicamente había rescatado a mi sobrino de la ducha atravesando las estancias más castigadas por el fuego, hubiese sido calumniado quien en realidad era todo un ejemplo para la comunidad.

De una cosa no cabía duda. Wayne sabía como difundir un bulo. Cuando terminaron de rehabilitar mi casa, todo el mundo en la urbanización me recibió con felicitaciones, con apretones de mano e invitándome a comer. Incluso tuve que rechazar una invitación de la Asociación de Veteranos de Guerra para dar una conferencia bajo el título "¿qué pasa por la cabeza del héroe antes de actuar?"

Trabajo como director de la sucursal de un importante banco nacional en N.Y. Desde mi oficina situada en alto, en un lugar privilegiado y con pared acristalada, tengo una magnífica panorámica del salón central, y desde allí observo los movimientos de clientes y empleados. Me relaja de cuando en cuando observar esa frenética actividad. Adoro la economía, disfruto con mi trabajo, y, para colmo, puedo llevarlo a cabo en el corazón de Manhattan.

Habían pasado sólo unos meses desde el desagradable incidente del incendio, pero había recuperado vertiginosamente mi crédito social. Cambié de *look*, me corté el bigote, me puse lentillas, y aunque mi calvicie ya era avanzada, me dejé el pelo de la nuca largo y me lo engominé. Incluso me apunté a un gimnasio. Nuca me había encontrado mejor, incluso ligaba más.

Estaba ensimismado en este ejercicio de autocomplacencia cuando algo llamó mi atención. Pude ver a lo lejos el rostro congestionado de Wayne, protestando agriamente algo que uno de mis agentes de empréstitos trataba de explicarle. Suzie, que me daba la espalda trataba de calmarle. La escena no se dilató mucho. Wayne se dirigió furioso hacia la puerta, y en su huída derribó un cenicero. Suzie salió corriendo detrás de él. Eché los ojos al suelo, avergonzado. Por mí, claro.

Llamé al empleado a mi despacho para que me explicara el episodio, aunque era fácil de imaginar. El cliente quería un crédito para pagar una vivienda que tardaría con su salario treinta años en pagar, y no presentaba ningún avalista.

me imagino que Wayne nunca se explicó cómo el banco le pidió disculpas y le concedió su crédito en condiciones tan extremadamente ventajosas.

En una mañana como cualquier otra. Quizás algo más perezosa. La frenética actividad comercial parecía ligeramente ralentizada.

Al principio pensé en el terremoto de San Francisco. Mi café salió disparado como un proyectil rompiendo la pared acristalada. Todos nos fuimos al suelo y el edificio se tambaleó como un flan. Recordé el atentado de Oklahoma. Debió activarse el sistema anti-incendios porque empezó a salir agua de los dispositivos preparados para tal efecto. Jamás había sido una persona segura de mí mismo, ni especialmente valiente; pero al ver el estupor de mis subordinados, vi mi propio rostro el día del incendio en mi casa. Eso, y un sentido de la responsabilidad laboral, provocaron que sorprendentemente asumiese el control. Tras una primera valoración del estado de la gente; contusiones y brechas mayoritariamente, decidí que lo mejor sería la evacuación de la sucursal, ante el desconocimiento de lo que podía haber provocado semejante seísmo. Primero bajarían las mujeres embarazadas y aquellas que tenían heridas de más consideración, pero para nuestra sorpresa, ningún ascensor funcionaba. Nos dirigimos a las escaleras. Cuando vimos a la gente bajar histérica, aquello se convirtió en la ley de la selva, todo el mundo se precipitó escaleras abajo, propiciando un sinfín de caídas y pisotones. Yo me quedé contemplando la escena estupefacto, y me percaté que cuanto de más arriba procedían las personas más acusado era su pánico. "Creo que ha sido un avión", gritó un hombre. Hasta entonces no había pensado que mi vida corriera peligro real, pero ¿y si era verdad?, ¿y si un avión había sido el causante? ¿aguantaría el edificio un impacto tan brutal? Empecé a correr como un poseso escaleras abajo, adelantando y empujando a otras personas, que a su vez, enfurecidas me empujaban a mí. Bajando los escalones de tres en tres derribé a una señora de la limpieza de rasgos hispanos. En esas estaba, cuando algo que subía me golpeó de frente haciéndome tambalear y caer hacia atrás, dolorido y confuso. Parecía haber sido bloqueado por un jugador de rugby. Alguien me habló:

—Sr. Brown, Sr. Brown, ¿está Ud. bien?

Reconocí a Wayne tras el casco.

—¿Qué ha pasado?, pregunté.

—Parece que un avión se ha estrellado contra la torre. La situación es grave. No pierda tiempo. Baje, baje.

Y sin decir una palabra más, Wayne se fue escaleras arriba, subiendo las escaleras de tres en tres, con la misma furia con la que yo las estaba bajando. Le vi ayudar a levantarse a la señora a la que yo había derribado. Bajé unas pocas escaleras, despacio. Me detuve en un rellano. La gente me golpeaba en su bajada, desequilibrándome. Me quedé mirando a todos los que bajaban y a dos bomberos que subían. Empecé a subir rápido.

—Wayne, Wayne, ¿puedo ayudarle en algo?, grité lo más alto que pude.

Suzie miraba la tele con ojos vidriosos. Habían pasado seis meses desde el atentado. Pasaban un documental sobre algunos de los fallecidos. El presentador hablaba mientras en la tele aparecía la foto de alguien que a Suzie le pareció vagamente

familiar. "Reginald Brown, director de la sucursal del World Trade Center del Banco Americano de Inversiones perdió la vida como otras muchas personas en el atentado; lo curioso de su caso es que él trabajaba en el piso doce cuando el resto de las víctimas tenían su puesto de trabajo sin excepción por encima del cincuenta". Suzie salió al jardín, pensándolo, vio a la niña jugando en el columpio. Se echó a temblar, y creyó saber por qué.

Por ti, por mí, y por todos mis compañeros

Lucía Rodríguez Miranda

Segundo Accésit

No CONOZCO otra cosa que sus nombres.

El olor de su abrazo etílico que duraba hasta llegar a casa. El sabor de todos sus cigarros. El beso de amigo en la mejilla, de defensor en la frente, de amante en los labios.

No conozco otra cosa que sus calles, que el sonido de sus pasos camino del colegio.

La voz entrecortada de Laura al otro lado del teléfono me lo ha recordado. Hipaba como una quinceañera a la que el novio acababa de dejar. Hacía años que no sabía de ella.

Me explicaba el accidente mientras voy hilando cada palabra, construyendo las frases, esas que nerviosa, y entre sollozos, me van llegando. Y por más que le repito que se calme, que esas cosas suceden, no consigo tranquilizarla.

—Tienes que venir, ¿lo harás?

—No sé, encontrar billete de avión así, tan de repente, no es nada fácil, y para que me den días en el trabajo... es que yo no estoy a dos horas, Laura...

Cuelgo y me hecho a llorar como una niña.

* * *

A los Hermanos de mi colegio se les oía de lejos. Con su pesado paso subiendo y bajando las escalinatas, y el tintineo del llavero entre las manos. Los curas no insinúan, embisten, como los buenos toros. Y eso se hereda. Si les caías mal te lo decían. Y si les caías bien, también.

Crecer entre chicos es mucho más divertido que hacerlo entre cierto tipo de chicas.

Las niñas no dicen palabrotas, no se comen media barra de pan de una sentada, ni llevan pantalones cortos y el pelo ensortijado como un demonio. Nosotras sí. Y en todo momento éramos conscientes de que no podíamos mear de pie, por lo que nos sabíamos diferentes. E iguales.

Una buena niña es la que juega con los niños pero sin inmiscuirse demasiado, a la que se le perdona que se canse cuando corre, o que se enfurruñe si algo no sale bien. Nosotras si nos cansábamos, nos llamaban cobardes, si no jugábamos con ellos al fútbol, desertoras, y no nos comíamos el bocata de chorizo, enclenques. Si llorábamos éramos unas nenas, y si nos dejábamos amedrentar, unas miedicas.

Jamás estábamos fuera de contexto, aunque lo intentásemos, y siempre teníamos un sitio al lado de ellos, junto al balón.

Y Laura y yo éramos felices por pertenecer a aquel universo único, propio, del que las otras chicas de la clase no disfrutaban, porque sus madres no las dejaban o porque ellas no querían.

Menudas burras estáis hechas, nunca seréis unas señoritas, decían para ofender nuestro infantil ego. Pero desconocían que nos enorgullecía oír aquello, crecíamos con cada una de sus advertencias hacia nuestro futuro inminente de marimachos. Porque nosotras ni éramos señoritas ni lo queríamos ser. Y porque al llegar la adolescencia encontramos tan perfectamente nuestro sitio, que dolió el reconocernos en ese espejo que se llama madurar, con la minifalda y el sujetador de aro.

Aprendimos que no debíamos creer a los chicos que en medio de la pista de baile, se los acercaran y nos dijeran que éramos las futuras madres de sus hijos, excepto si era su aliento el que rebotaba por las paredes de nuestros oídos, erizando el vello del cuello. Me estás poniendo cachondo, haz el favor de dejar de bailar un rato, que somos amigos. Y soltabas una carcajada limpia, demostrándoles así que les entendías, que te hacía gracia, y sobre todo que preferías aquella vulgaridad a los cientos de te quiero que vendrían después, dudosos, mentirosos, incomparables con la demoledora sinceridad con la que ellos te demostraban que te querían.

Llegaban con su beso de veleta y sonreían con una copa de whisky entre las manos, mostrándote sus dientes de leche, sus encías prominentes, rojas. Y te guiñaban un ojo para que les observaras al entrar en acción, con aquellas insulsas de colegio de monjas que venían a buscarles a la salida, a las que odiábamos con todas nuestras fuerzas, pero a las que jamás pertenecieron.

Los reyes de la ciudad. Mandarnos a la mierda y volver a quedar al día siguiente. La llamada de teléfono a mediodía preguntando dónde íbamos. Los que se olvidaban de que existías ante cualquier par de piernas. Interminables tardes sentados en los bancos. Animales. Estrechos. Pero es en nosotras en quien confían. Ya joder, ¡pero follan con ellas! Gritar por los pasillos ¡Te pillé! Fuera de clase ahora mismo. Pasarte el examen y Notable. Pero, ¿has visto con quién se está enrollando? Ey, ey, no llores...

Ven anda, ven aquí. Meterse contigo, y que te dé igual. Eres una borde. Total, enfadarme por eso. Ya habló el gracioso. Vaya gilipollas. Sé que estás cuando te llamo y con eso me vale.

* * *

Fue una noche después de una fiesta. Las cosas que no se dicen son como si no fueran. ¿Dónde estás? No te muevas, voy a por ti. Pero tú estás tonta, ¿a qué has venido? No quería que te fueras solo a casa. Volví de trabajar en el coche, cuando un hombre borracho se desvió de su carril. Me golpeó y me quedé tumbada en el ring en el primer asalto, sin guantes y sin ganas de levantarme y volver a luchar. Hacía frío y tiritábamos. Creo que era de miedo. Nuestras manos se juntaron sin nuestro permiso, y sin nuestro permiso se separaron, porque para que pasen estas cosas es mejor que hagamos como que no pasan. Tres días en coma, resistiendo. El siempre organizaba las fiestas. Se las ingenió para que cruzara el Atlántico y volviera a la ciudad de donde nunca me fui, en la que se confunde nuestra edad en el olvido.

Detrás de las columnas de la Plaza Mayor me dijo todo lo que pensaba. No cuentes nada. No lo haré. Vamos a andar, que me estoy quedando helada. No recuerdo cómo iba vestido. Cierro los ojos y sólo veo los suyos, enormes, mirándome la boca. Cogiendo carrerilla. Preparado, listos ¡ya! Nunca en mi vida había besado con tanto temor a defraudar. Espero ser lo que has imaginado este tiempo. Como si fuera el primero. El último. Todos los años en un solo beso. Esto no está bien. Sí, tú tienes novia, y yo tengo novio. Vámonos a casa. Pero abrázame antes. Imagina qué lío si la pandilla se entera. Conocerás a mis hijos. Somos amigos de toda la vida. Iré a tu boda. No tiene sentido. Su mano por debajo de mi falda. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Esto tiene su gracia. La de nunca ser lo que tuvo que ser. Un abrazo sin final al separarnos. Y aquí no ha pasado nada. Mañana nos reiremos de esto. Mañana no podremos olvidarlo. Mañana nos daremos dos besos y nadie desconfiará. Quieres hacer de tu vida una película y no te atreves. Será nuestro secreto. Algún día, prométeme que algún día. Nos fuimos cada uno por su lado. Hay promesas que no hace falta hacer para que se cumplan. Va a ser como jugar al escondite. Me giré, y le encontré reteniendo ese momento desde la distancia. Por ti. Por mí. Ahora soy consciente de que no fuimos valientes, de que esas historias sólo ocurren una vez. Y por todos mis compañeros.

le recuerdo. Mi mano revolviéndole el pelo al saludarle. Hola niña. ¿Qué tal loco? Catarme al oído. Siéntate al otro lado de la mesa, pero si me miras no vale. No te acerques cuando lleves unas copas si no quieres que no me separe de ti en toda la noche... Hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo y que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo...

Así que volví para buscarle. Como hacía entonces, encontrándole con la mirada, nerviosa si se alejaba de mí, si trataba de poner distancia por una noche, si tardaba en llegar al sitio donde quedábamos todos. Le estoy buscando en los que fabrican coches con velocidades que ninguna carretera permite. En los bares en los que nos sentábamos para contarnos cómo nos iba. En los que venden alcohol en las estaciones de servicio. En el patio del colegio donde entrenábamos. En la plaza en la que corríamos huyendo de sus globos de agua. En el huracán que dijo que yo era, para que venga y arrase todo lo malo. En el borracho que rajó su vida por la mitad y al que deseo el sexo más amargo. Una vida sin secretos. Promesas en vano. Que jamás eche de menos. Y que nunca, nunca, llegue a saber lo que es no conocer otra cosa que sus nombres.

© Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid, 2003